

---

---

# Etnodesarrollo en América Latina

EDGAR SAMUEL MORALES SALES

**P**or "etnodesarrollo" se entiende un conjunto de programas, de planes y de acciones, casi siempre de carácter gubernamental, por medio de los cuales se pretende involucrar a los grupos humanos considerados como poseedores de formas de vida distintas a las practicadas por la generalidad de pobladores de una nación, de un país, de un Estado o incluso de una región determinados, en las actividades definidas como desarrollo y que cubren un espectro amplio de hechos de naturaleza económica, política, social y cultural.

Cada vez que se habla de etnodesarrollo se piensa generalmente en grupos sociales rurales, alejados de centros urbanos, carentes de servicios públicos como las comunicaciones, la pavimentación, las tomas de agua, el drenaje o la asistencia médica. Para quienes conocen —incluso de manera tangencial— las condiciones de vida en que se desarrollan los grupos humanos rurales de América Latina, esta noción se liga casi de manera automática a los pueblos denominados "indígenas" o "autóctonos", más que a los pobladores rurales descendientes de pueblos europeos, africanos o mestizados con pobladores "locales".

Según una percepción ingenua, en todos los pueblos de América Latina existen grupos sociales de

costumbres y lenguas "antiguas", "atrasados" carentes de desarrollo o sencillamente pobres, incultos o desafortunados. La enorme mayoría de las veces se cree a pie juntillas que etnodesarrollo es algo que concierne únicamente a los indígenas latinoamericanos y que basta con diseñar un programa de actividades tendientes a satisfacer sus necesidades para que tales grupos sociales comiencen a formar parte del "desarrollo" nacional, estatal o provincial o sencillamente regional.

Evidentemente, la mayoría de cada uno de nosotros pensamos que la manera en como vivimos nuestras vidas, las formas de organización social, familiar, económica o cultural en que hemos nacido son las más lógicas, las más idóneas, las mayormente correctas y por ello nada más natural que pensar que cualquier otro grupo humano debe actuar, pensar y hasta sentir como nosotros; por este motivo, tratar de atraer a los grupos sociales con los que compartimos espacios y tiempos a nuestros modos de vivir es visto como algo ineludible o algo que se tiene que producir tarde o temprano. Es común observar que hasta en núcleos familiares provenientes de un mismo ancestro común se llega a pensar que los parientes tienen formas raras de conducir sus existencias y que sólo nuestros modos de vida son coherentes.

Esto es precisamente lo que parece subyacer en los programas gubernamentales de etnodesarrollo que se procuran ejecutar en épocas determinadas, en espacios geográficos delimitados y con grupos sociales específicos: la idea de que, para acabar con

---

---

EDGAR SAMUEL MORALES SALES. *Director de la Facultad de Humanidades de la UAEM. Tiene publicados varios libros sobre temas diversos.*

---

---

sus problemas particulares ancestrales hay que modernizarse, hay que participar en el “desarrollo” y eliminar usos y costumbres fuera de moda. Dicho de manera más simple: adoptar y adaptar la forma de vida llamada “occidental” a sus vidas cotidianas.

Vista de manera objetiva, la idea del etnodesarrollo tiene fuentes de inspiración psicológicas, étnicas, morales y hasta de culpas sociales: puesto que los grupos humanos indígenas han sido los perdedores históricos sistemáticos, hay que tratar de paliar sus necesidades, siempre y cuando no vayan a reclamar el control del Estado, la propiedad absoluta del territorio de cada nación centroamericana o de todo el continente, la orientación de la economía o hasta la conducción de lo que se llama la Sociedad nacional; en cuyo caso se comenzará por señalar su incapacidad para comprender ya no el mundo moderno sino al menos la lengua española.

No adelantemos, sin embargo, conceptos. La noción de etnodesarrollo, las prácticas y las acciones para ejecutar programas de ayuda, de incorporación al desarrollo o al menos la voluntad de atender las necesidades de los muchos grupos indígenas marginales que forman parte del paisaje social latinoamericano no han sido iguales en los distintos rumbos del continente ni sus efectos han sido homogéneos.

Es más, en varios países de la América Latina ni siquiera se habla del tema. La atención a la dotación de servicios a poblaciones rurales, o la ayuda a grupos sociales marginales corren a cargo de organismos internacionales, de fundaciones norteamericanas<sup>1</sup> o europeas y sus efectos son casi siempre modestos. En todo caso, ese tipo de programas se perciben y se ejecutan como ayudas o dádivas exteriores a los grupos humanos relacionados con ellos, a los que se consideran incapacitados para generar por cuenta propia lo que en términos generales se denomina desarrollo. Solo hay una experiencia regional de autogestión indígena: la alentada por la Revolución Sandinista con los misquito, cuyos resultados y balance, por lo reciente de ella, está por hacerse.

En distintos trabajos hemos mantenido la tesis de que en realidad el etnodesarrollo encierra la idea de la occidentalización o de que los grupos llamados autóctonos de América Latina deban vivir lo menos

alejados posible de las formas de vida mestizas u occidentales aunque separados, sin gran participación en la toma de decisiones que afectan a toda una nación; más bien, limitados a sus comunidades.

Otras ocasiones, el marginalismo social de las comunidades indígenas latinoamericanas es aprovechado por las sectas religiosas, que encuentran en esos medios un ambiente propicio para la penetración ideológica, sin que las condiciones materiales de vida de las comunidades étnicas modifiquen grandemente la vida tradicional. Esto no significa descalificación de ese género de actividades, sino una simple constatación de que, tal como ocurre también con la ayuda proporcionada por comunidades religiosas católicas de naturaleza variada, se desarrollan como paliativos para problemas de carácter estructural.

Aníbal Quijano recuerda atinadamente que en América Latina nos enfrentamos no a una única estructura social, sino a una heterogeneidad estructural, en tanto que en nuestras sociedades existen todavía, cito:

... patrones de poder de muy distinto carácter y procedencia históricos. ... diversos patrones de clase; patrones de agrupamiento de carácter no-clasista, como las etnias y las castas; diversos patrones y universos institucionales y normativos. ... esferas constituidas por la interacción entre tales diversidades y colocadas en indecisas y ambiguas identidades. ...<sup>2</sup>

Este hecho es sin duda una de las causas más importantes —para el desarrollo de programas únicos de “desarrollo”— que obstaculizan no sólo el diseño del etnodesarrollo sino incluso su concepción misma.

En los países latinoamericanos en donde la presencia de grupos indígenas es relevante, como México, Perú, Ecuador, Bolivia y Brasil, la percepción misma de lo indígena transita sobre dos vías: por un lado se manifiesta en los medios sociales mestizos o blancos una cierta admiración por las relaciones materiales de los grupos indígenas históricos, sobre todo cuando se piensa en culturas clásicas, pero con respecto a los grupos indígenas contemporáneos se expresa desprecio, descalificación para sus formas de vida y sistemas de valores y hasta para su presencia física. En Bolivia,

apunta Silvia Rivera Cusicanqui, existe una compleja estructuración de las relaciones étnicas producto de una auténtica dominación colonial interna:

... En su ámbito más específico, se trata de la dimensión "pigmentocrática" del poder, por la cual se da una distribución diferencial de recursos, oportunidades, legitimidades y pesos específicos según la proximidad o el alejamiento con el mundo indígena, considerado como el último eslabón pre-civilizado, pre-social (o incluso pre-humano) de la sociedad. . . .<sup>3</sup>

Según otra percepción, lo indígena despierta sentimientos de lástima, de conmiseración o de culpas sociales. En ese caso, se homogeneiza a los grupos indígenas y se les entiende como todos íntegros en donde no habría estratificaciones interiores, diferencias sociales propias ni explotadores y explotados. Para este tipo de interpretación todos los miembros de los grupos indígenas son iguales y viven una suerte de miseria compartida. Evidentemente, en muchos grupos indígenas la diferenciación social es menos expuesta; esto es, menos clara que como suele ocurrir en los mundos mestizo y occidental, pero es ingenuo pensar que al interior de los primeros la igualdad es absoluta. El fracaso de muchos programas etnodesarrollistas encuentra en este fenómeno otra de sus causas explicatorias. En México, las experiencias del Instituto Nacional Indigenista en torno a los programas de etnodesarrollo han sido singulares. Desde su creación en la década de los cuarenta sus efectos se han visto sumamente limitados y no en pocas ocasiones se han traducido en fracasos. Todo indica que su visión homogeneizadora hacia los grupos indígenas ha impedido el cumplimiento de muchas de sus acciones; en especial durante las administraciones de los presidentes Echeverría, López Portillo y Miguel de la Madrid, cuando se impulsó fuertemente el indigenismo.

Durante el echeverrismo, el indigenismo no fue sino manipulación política. En muchos sectores sociales se responsabilizaba a Echeverría de las represiones durante el movimiento estudiantil de 1968 y su carencia de aliados lo llevó al populismo indigenista para tratar de contrarrestar su mala imagen represora. Surgieron así muchos promotores del indigenismo que coadyuvaban a la creación de Consejos Supremos Indígenas que rápidamente se

constituyeron en núcleos privilegiados que organizaban concentraciones multitudinarias en los que supuestamente recibían los beneficios de la política desarrollista, pero que no modificaron ni profundamente ni de manera duradera la vida material de los indígenas "representados". La suerte del desarrollismo indígena tampoco fue mejor durante el régimen del presidente López Portillo. Pese a su llanto en uno de sus informes y su petición del perdón de los pobre marginados, su administración se caracterizó por la ausencia de beneficios duraderos para la población indígena. Más recientemente, durante el periodo presidencial de Miguel de la Madrid, en el que también se trató de impulsar el etnodesarrollo, los resultados del indigenismo selectivo fueron frustrantes. Como recuerda Sergio Sarmiento:

... Miguel de la Madrid. . . anunció que en el interior de los Comités de Planeación para el Desarrollo, COPLADES, de los estados, se impulsaría la creación de subcomités de etnodesarrollo, al mismo tiempo que se promovería la formación de consejos comunitarios de planeación. El INI. . . garantizaría el establecimiento de dichos consejos y además del Consejo Consultivo de las Comunidades Indígenas. La constitución de estos instrumentos burocráticos respondieron a las expectativas de algunos sectores del movimiento indígena que esperaba se le diera la oportunidad de vivir del presupuesto; sin embargo, la mayoría de los actores sociales del movimiento indígena estaban lejos de la demanda. El balance de estos mecanismos de "participación de los indígenas" aún está por hacerse. . . .<sup>3</sup>

Es claro que la problemática de los grupos indígenas de América Latina tiene profundas raíces en la Historia y debe ser atendida de manera diferenciada, según se trate del grupo social considerado. Esto ya lo percibían incluso los jefes indígenas que en épocas tan tempranas como las de la colonización española constataban que la rebelión armada no era garantía segura de éxito. Daniel Valcarcel refiere que el jefe indígena Túpac Amaru de 1769 —se trata de un Túpac Amaru distinto, naturalmente, al que combatió a los conquistadores del siglo XVI— había trabado amistad con Miguel Montiel y Surco en Lima, cuando el primero litigaba judicialmente.

... Ambos admiraban la grandeza del Imperio incaico, lamentaban la vida decadente del indio virreinal, creían en su reivindicación (y en) un recurso solicitaban que los indios de Tinta fueran exonerados de servir en la mita de Potosí. Exponía como argumentos la alarmante disminución de los indios, una excesiva desproporción entre los habitantes de la provincia de Tinta y el número de sus mitayos. . . y el abusivo

alquiler de mitayos en favor de traficantes inescrupulosos. Añadía conceptos sobre la urgencia de proteger la vida de los indios, cuya paulatina desaparición conspiraba contra los intereses de la monarquía. . .<sup>5</sup>

El propio Derecho Indiano trató de proteger a los indios de América sin que sus efectos hubieran alcanzado a grandes grupos. En realidad la condición de pueblos vencidos en la Conquista los colocó en una situación de marginalidad absoluta desde esa época. En muchos puntos geográficos del subcontinente la desaparición sólo pudo evitarse, para varios grupos indígenas, a través de verdaderos refugios organizados por las distintas órdenes de frailes que operaban en la región. Pero tampoco se trató de un fenómeno histórico-social homogéneo. En el Paraguay, en 1793, el presbítero Rudecindo José de Escurra llamaba la atención de la autoridades civiles sobre la callada invasión de los españoles a las tierras reservadas para los indígenas. Había "... un crecido número de intrusos o arrendatarios en tierras de la comunidad (de Atipá): son 595 españoles 'españoles' para una población de 172 indígenas. Indica ello el grado de penetración de los foráneos en la Cordillera. . ."<sup>6</sup>

La experiencia de las reducciones jesuíticas del mismo país son, no obstante, sumamente ilustrativas, pues según informes de los religiosos que las atendían:

... (Ahí) puede percibirse una muy acentuada declinación demográfica. . . En apreciable medida se debió al éxodo de los indígenas de las Misiones al Paraguay Civil y a las demás Intendencias del Río de la Plata, donde lograban equipararse socialmente con la población criolla y mestiza asimilada, y como trabajadores diestros y cualificados que eran, podían ganar salarios inaccesibles en sus comunidades de origen. . .<sup>7</sup>

Todo indica que en algunos lugares la miseria indígena era extrema pese a los esfuerzos de los jesuitas durante el siglo XVI y el siguiente. En el Archivo Nacional de Asunción se conservan también informes sobre ocho poblados jesuíticos del Paraguay sumidos en la miseria extrema; a pesar de ello, la jerarquía religiosa de la época solicitaba el pago de contribuciones económicas para los curas que estaban asignados a tales pueblos y si bien cada uno se excusaba de poder pagarlas, no faltan las anotaciones marginales aparentemente colocadas por lo controladores de las contribuciones que señalan "... otra vez la misma mentira. . ." En última instancia, habrá que observar que la idea de las comunidades indígenas pobres, pacíficas e indefensas no siempre corresponde a hechos históricos comprobables. Como sociedades e historias discontinuas, los grupos latinoamericanos de indígenas han pasado por hechos diferentes. Es bien conocido que en casi toda América la Conquista aniquiló poblaciones indígenas enteras, pero la respuesta de varios grupos autóctonos no fueron de sometimiento fácil. Incluso en Chile el



trato a los grupos indígenas fue muy discontinuo; durante tres siglos las luchas entre araucanos y colonizadores fueron cruentas y continuas:

... los araucanos no se sometieron ni siquiera cuando la Revolución de Independencia expulsó al último realista español del territorio chileno. ... Ciudad que se construía era quemada de inmediato y desmontada piedra sobre piedra por los indios. ... el fraile dominico Gil González sostuvo la teoría de que los indios luchaban por una justa causa, que era la defensa de su libertad, sus casas y haciendas (pero) los araucanos celebraron tratados con España de potencia a potencia. ...<sup>8</sup>

Por otro lado, no hay que olvidar que en cada uno de los países latinoamericanos, la población indígena mantenía entre ellos luchas constantes con fines de dominación y por lo mismo existían relaciones de grupo a grupo indígena sumamente desequilibradas, asimétricas ya desde entonces. Una vuelta a la Historia de nuestros países debe siempre tenerse en cuenta para no dar un tratamiento homogéneo a los grupos autóctonos en programas sociales que pueden aparecer bien diseñados sobre el papel, pero desajustados a la realidad histórica, social, política.

Vistos desde esta perspectiva, los problemas del etnodesarrollo se advierten como algo consustancial a la historia latinoamericana; en realidad muestran la dominación de los grupos sociales favorecidos por condiciones de naturaleza variada y no sólo la marginación social. Incluso, el planteamiento mismo del etnodesarrollo oculta las discontinuidades de todo género que se dan en el seno mismo de las sociedades dominantes. Es claro que entre las sociedades dominadoras existen también grupos totalmente desfavorecidos, totalmente marginales y por lo mismo necesitados de la atención tanto del Estado como de las sociedades latinoamericanas.

Nada parece favorecer la idea de que formulando un plan de etnodesarrollo se logrará la mejoría de la vida material de los grupos indígenas. Se requieren planteamientos nuevos que comiencen por dar un trato igualitario a todos los grupos del paisaje social y no en términos selectivos. Si de integración social se trata, las condiciones del desarrollo deberían ser igualitarias para todos los grupos sociales. Esta ausencia de atención en condiciones de igualdad sólo conduce al fracaso de los planes tipo dádivas. Pero además habrá que tomar en cuenta que las diferencias culturales tienden a borrarse cada vez más fácilmente gracias al empuje de los medios de comunicación de las formas de vida occidentales u occidentalizadas. ¿Podemos, válidamente, pensar que la influencia y atractivo que ejerce el occidentalismo permite que los grupos autóctonos mantengan sus autenticidades de manera incólume? La respuesta parece ser negativa. Si bien durante un buen tiempo permanecerán fuertemente arraigados algunos rasgos culturales de los grupos indígenas de América, se puede prever que en todos lados se advierte una tendencia a la homogeneización cultural que comienza por ser regional y avanza a nivel regional en cada país latinoamericano. No podrán olvidarse los programas de desarrollo social; no es tampoco válido desatender las necesidades de grupos sociales amplios o de minorías desfavorecidas, pero ellas serán mejor resueltas si las medidas que se diseñen empiezan por observar que muchos de los padecimientos de los grupos indígenas están también presentes en grupos no indígenas; que por ello conciernen a los grupos regionales o nacionales y que por lo mismo tiene que ser generales •

### Notas bibliografía

<sup>1</sup> Cp. Fundación Interamericana, *Anuario 1991*, 1 de octubre de 1990, 30 de septiembre de 1991, Ballston Metro Center, 901 N. Stuart Street 10th Floor, Arlington, Virginia, 22203, Estados Unidos. (Texto en español: Leyda Appel, impreso en los Talleres Gráficos de Geremond de los Estados Unidos). Se trata de un organismo independiente del Gobierno de los Estados Unidos creado en 1969 como alternativa experimental de ayuda externa de los Estados Unidos para América Latina y El Caribe. Primer estudio de autoayuda para el desarrollo.

<sup>2</sup> Anibal Quijano, "Poder y participación en América Latina", en *Revista Interamericana de Sociología*, núm 1, Segunda Época, enero-abril de 1992, Asociación Mexicana de Sociología, México, pp. 13-36.

<sup>3</sup> Silvia Rivera Cusicanqui, "Tres disyunciones en los movimientos sociales contemporáneos de Bolivia", en *Revista Interamericana de Sociología*, *idem.*, pp. 37-66.

<sup>4</sup> Sergio Sarmiento S., "El movimiento indígena al final del milenio", en *Revista Interamericana de Sociología*, Segunda Época, 1991, s/n de volumen, Asociación Mexicana de Sociología, México, pp. 27-36.

<sup>5</sup> Daniel Valcarcel, *La rebelión de Túpac Amaru*, México, FCE, 1975, pp. 56-57.

<sup>6</sup> Varios autores, *Historia paraguaya*, vol. XXVI, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, 1989, p. 198.

<sup>7</sup> *Idem.*

<sup>8</sup> Luis Enrique Délano, *Pequeña historia de Chile*, SEP, México, 1944, pp. 10-11.